

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

EL ÚNICO SIGNIFICADO DE LA VIDA

Tenía 74 años y se encontraba en un importante bar del Centro de Tammerlane.

Se llamaba Hank, y estaba esperando a Jaquelina, una seguidora suya de toda la vida.

Y eso lo que lo mantenía calmo: pensaba en ella y no le importaba haber pasado toda la vida publicando cuentos urbanos y autobiográficos, sin jamás poder ganar un centavo decente.

Fue por ese último detalle que se miró la mano.

Al principio la encontró arrugada, manchada, huesuda... vieja. A los minutos le encontró los trazos, y recordó toda su vida.

No sabía en qué pasaje de su historia detenerse. No sabía cuándo frenar, y dedicar de lleno esas lágrimas a un momento favorito. Y es que habían muchos: su escuela primaria, su primera visita al Lago, su primer beso, su primera vez, aquellas especiales borracheras con amigos y chicas pasajeras, aquellas mujeres...

Y prefirió detenerse en las mujeres: todas ellas, trazos inolvidables, que a su vez habían creado otros sub-trazos inolvidables.

Lamentablemente, ellas, la escuela, el Lago y la familia, cada trazo era cruzado por una cicatriz que le traía malos recuerdos.

Esos recuerdos estaban poblados de sus habituales escenas neuróticas, en donde exponía día a día sus fobias y temores ante la gente que más quería, lastimándola, o destruyendo hermosas escenas con su negativa forma de vivir.

Y esas destrucciones le traían más lágrimas acumuladas, esas lágrimas que declaraban que no estaba en paz, que tenía una deuda pendiente.

Pero qué importaba todo eso.

Se secó los ojos, escondió su mano y miró al horizonte, exactamente a la ventana que daba a la calle: en cualquier momento llegaría aquella fanática de sus cuentos, y con su bendición le daría un significado a su vida.

La había conocido muchos años atrás, exactamente 45.

Jaquelina escribió su primera carta perfumada el 4 de Julio de 1955.

Hank se la pasaba todo el día escribiendo cuentos en la vieja máquina de escribir "Tammerus", y para poder mantenerse mientras intentaba venderlos a alguna editorial, se había aferrado de sus padres.

Cuando su padre lo echó de la casa a la edad de 32 años, Hank recibió una nueva carta de la joven. En ella expresaba nuevamente su admiración, y que había podido conseguir una revista barrial con el nuevo cuento que retrataba la anécdota del desarraigo.

Cinco años después, Hank fue echado de la pensión donde vivía, mientras se mantenía con trabajos de electricista. Para esa época había abordado la idea de llevar a cabo una publicación producida por él mismo, en donde no sólo fundió, sino que se ganó un colchón debajo de una autopista.

Fue debajo de esa autopista que tuvo la gran revelación.

Todo sucedió la noche en que descorchaba el primer vino en botella, después de pasarse meses bebiendo las sobras de los bares, cuando un hombre vestido de cartero se paró frente a él, en un horario cercano a las nueve de la noche, y le entregó un sobre.

En el remitente figuraba Jaquelina Bissot.

"Gracias a un conocido he podido dar con usted. A medida que avanzan los años, sus historias urbanas me cautivan y emocionan cada vez más. Cuánta razón tiene usted al referirse a la miseria con esas palabras que utiliza. Cuánta razón tiene al hablar del arte de esa manera, y defenderlo hasta las últimas circunstancias, inclusive pasando hambre por él. De mi parte, una reverencia para el más grande."

Hank bebió un largo trago de vino y volvió a leer la carta. Aquella mujer estaba completamente loca: morirse de hambre por el arte! Aunque era de las suyas y era la única que seguía creyendo en él por respeto a cada uno de aquellos cuentos que vendía o publicaba gratis en las revistas que sean. Y sintió que aunque sea por una persona, su miserable vida valía la pena.

Fue cuando cumplió 70 años, que recibió el anteúltimo sobre, exactamente el octavo.

Hank estaba festejando su nueva década en el Hospital de Agudos de Tammerlane. Tenía un pulmón perforado a causa del enfriamiento que había padecido en su vivienda de chapa en la villa de emergencia en las afueras del Pueblo.

Estaba recostado en su cama, charlando de la vida con el anciano de la cama de al lado. Ambos comían de un paquete de galletas de chocolate que hacían las veces de torta y cotillón. Cuando sorpresivamente se presentó un niño con un sobre.

- Se lo manda una señora que se fue. – alcanzó a decir el pequeño, y salió disparado para la salida.

- De quién es? – preguntó su "único invitado".

- De Jaquelina. Es una mujer que me escribe desde que soy joven... Sabés qué?... – e hizo una pausa para poder pasar sus dedos por las comisuras de sus labios. – Es la única mujer que me acompañó toda la vida pero con la que nunca me pude encamar.

- Sos un pelotudo!

- No. Nunca puso la dirección de su casa. Por eso...

- Ahora entiendo... Y, para qué te escribe?

- Porque cree en todo lo que no creyeron las otras mujeres que me dejaron: esta vida por el arte, la lucha por más que te mueras de hambre.

- Y qué te puso ahora?

"Feliz cumpleaños y que su salud mejore. P.D.: Su último cuento me hizo llorar veintisiete días de corrido. Usted es un genio."

Estaba durmiendo en el asilo de ancianos del Gobierno de Tammerlane, cuando despertó en el medio de la noche y se encontró con una carta apoyada en su almohada.

Fuera, había una tormenta voraz que arrasaba con las últimas hojas secas del otoño, para traer el frío del invierno.

Se sentó, miró el sobre, y revisó el remitente con su encendedor.

Salió del cuarto, esquivando cientos de camas con olorosos ancianos, y tomó una silla junto a la larga mesa del comedor.

Abastecido por aquella amarillenta luz de emergencia, hizo un esfuerzo contra el astigmatismo y leyó la carta que no era carta. La misma tan sólo llevaba la dirección de un bar, una fecha futura y cercana, y la hora.

Hank tragó saliva.

En los días subsiguientes, Hank pudo conseguir un saco, camisa y pantalón, gracias a la donación de la Iglesia de Tammerlane. De vez en cuando, la caridad donaba buenas cosas, y esa fue una oportunidad extraordinaria.

Separó quince pesos de los cuarenta que había conseguido mendigando durante la semana, como para tener el honor de poder pagar los cafés.

Finalmente, se peinó con el mismo peine que lo acompañó por casi cuatro décadas, y dio el primer paso y los restantes, hasta el punto de encuentro.

Y en aquella mesa con vista a la calle, se sentó a aguardar.

No se arrepentía: si bien había destruido su vida por pelear y pelear por el arte hasta que pudiera conseguirlo, sin jamás tener un trabajo decente, en pocos minutos estaría frente suyo la mujer que había creído en sus cuentos, en sus ideales, en su inspiración.

No quedaba nada por nada: ella lo conocía y hasta quizás lo amaba. Finalmente se despacharía un remate triunfal, como para conquistar su alma: "Las historias vienen a la cabeza como fragmentos de sentimientos y momentos cotidianos, y uno que es un maniático, tiende a poner orden en un escrito."

Miró al mozo y le hizo una seña.

- Recuerde que cuando la señorita llegue, trae los dos cafés y las flores.

- Ya le dije que me acuerdo, señor! Le pediría que no ocupe más mi tiempo en reiterármelo.

- No hagas que te pida la propina que te di! Y cerrá el pico o vas a volver a tu casa en camilla.

El mozo se retiró.

Segundos después, el chirrido de la puerta cierra-sola alertó al bohemio anciano.

Una jovencita de unos 25 años entró al lugar, se detuvo y miró a todas las mesas. Cuando reconoció a Hank, se encaminó a él.

El anciano no entendía lo que sucedía: no podía ser una ella. Ella lo había acompañado por muchas décadas, y posiblemente cargaría con la misma cantidad de años.

- Buenas tardes, Hank. Soy Jaquelina. – dijo la belleza, mientras le estrechaba la mano, y para enseguida tomar asiento.

- Pero... no puede ser! Vos no sos la mujer que me estuvo escribiendo todos estos años... Sos... sos...

Jaquelina se sorprendió por la llegada del mozo con los cafés y el ramo. Cuando éste se retiró, puso pausa a su sonrisa y volvió al tema en cuestión.

- Soy lo que quieras que sea.

- Qué dijiste? – alcanzó a esbozar el hombre.

- Soy esta imagen, o la imagen que quieras. Puedo ser hermosa como me ves, o puedo ser mucho más anciana que vos. Puedo ser una mujer que se casó con un hombre adinerado y vivió atada a él hasta su muerte. O bien puedo ser un hombre, quizás el garrapata envidiosa que tiene cada artista, incluyendo al peor de los miserables. Puedo tener la cara de tu mejor novia, o me puedo llamar Mamá. Puedo ser el final que quieras para esta historia. Lo cierto, es que soy lo que ves, la excusa para encontrarle el significado a tu vida. Aunque eso no lo comparto: una vida perdida no tiene excusas con una simple figura, sino con haber salteado todos los miedos y las fobias, ser hombre, y encontrarte esta tarde con tu mano y todos los trazos y sus momentos importantes despejados de esas escenas autodestructivas. Puedo ser lo que quieras, pero bien sabés que no existo, nunca hubo cartas y que simplemente me inventaste para escudar tu escritura, esa que tanto alardeabas como para esquivar ciertas responsabilidades. Tu talento, veo, murió con tu propia angustia, y por eso jamás te funcionó nada bien...

Una pausa. Un saludo.

Y Jaquelina se fue por donde vino.

La mañana siguiente, el viejo Hank salió a la calle. Se había armado de migas de pan para ir a disfrutar de las palomas de la plaza: estas aves ofrecerían algunos últimos momentos de sencillez a su agobiada existencia.

Quizás en lo sencillo se hallaba el significado de la vida, ése que no había podido encontrar mientras deambulaba excusando la angustia de su decadencia.

FIN